I

Condiciones que debe tener el conocimiento de Nuestro Señor.

I. Es necesario considerar á Nuestro Señor como Dios y hombre.—II. El conocimiento de Nuestro Señor debe ser afectuoso y activo.—III. Debe ser atento y profundo.—IV. No es necesario que sea perfecto.

I. La condición primera de este conocimiento es la de considerar siempre á Nuestro Señor como Dios y hombre, sin separar la divinidad de la humanidad, ni la humanidad de la divinidad. Esto era lo que decía el profeta Abacuc: *Señor, vos sereis conocido en medio de dos vidas* (1), se os considerará, se meditarán vuestras acciones en vuestras dos vidas, en la vida divina y en la vida humana; de manera que, si se os considera tomando nacimiento del seno de una Virgen en un pobre establo, entre dos animales, se os verá al mismo tiempo en el seno de vuestro Padre, engendrado de él como Dios de Dios y luz de luz. Si se os vé fijado en un patíbulo, sufriendo los dolores más crueles, lleno de oprobios, entre dos ladrones, se le-

1 In medio duarum vitarum cognoscerís, Abacuc, III, 2.

vantarán al mismo tiempo los ojos al cielo, para contemplaros sentado sobre un trono de gloria, en medio de vuestros ángeles. Así es, *¡oh Dios mío, como he considerado vuestras obras en este día;* entonces, *mi alma ha permanecido arrobada* en los sentimientos de la admiración más grande, y de la más viva impresión (1). Así es como necesitamos considerar siempre á Nuestro Señor en la unión de sus dos naturalezas; ved aquí la razón: Nuestro Señor, sin su divinidad, ya no es más Nuestro Señor; su sola humanidad no lo distingue de nuestra naturaleza, de nada podían servirnos su vida y su muerte, puesto que toda su fuerza para obrar nuestra salvación le viene de su divinidad, como la fuerza de Sansón, dice sabiamente San Próspero (2), venía de su cabeza. La cabeza de Nuestro Señor, dice San Pablo, era su divinidad (3), de la cual, como de la parte principal, descendían sobre su humanidad las influencias de esta virtud infinita, por la cual estaba él tan elevado sobre nosotros. El venerable Beda nota que Saul ha sido figura de Jesu-Cristo en muchas cosas, y principalmente en que de él se dijo: *Cuando apareció en medio del pueblo, sobresalía su cabeza entre todos* (4). Nuestro Señor solamente por la cabeza sobresale entre el resto de los hombres, es decir, por su divinidad, sin la cual él no sería más que nosotros.

Si es necesario no separar la divinidad de la hu-

1 Domine, consideravi opera tua, et expavi. Abacuc. III, 2.
2 S. Prosp. de prod. art. 2. ch. 21.
3 Caput vero Christi Deus. I. Cor., XI, 3.
4 Altior fuit universo populo ab humero et sursum. I. Reg., X. 23. Beda super. 1. Reg, cap. V.

manidad, no lo es menos el no separar la humanidad de la divinidad, porque esto sería despojar á Nuestro Señor de muchas cualidades muy gloriosas, como del título de nuestro Redentor, de nuestro Mediador, de nuestro Sacerdote, de nuestro sacrificio, de nuestro hermano, etc., y á nuestros cuerpos de la felicidad eterna, puesto que en este estado, no se hubiera él revestido de nuestra naturaleza, y no hubiera padecido la muerte por nosotros. Eso sería también quitarle atractivos muy grandes de amor, y arrancarle las flechas más aceradas conque hiere los corazones; pues muchos dicen con San Bernardo (1), que lo que los mueve más poderosamente y los penetra de una manera más sensible de su amor, es el ver que siendo Dios, haya querido hacerse hombre, morir por ellos y sufrir tal muerte. Es necesario, pues, siempre, en nuestras meditaciones y nuestras consideraciones referentes á Nuestro Señor, unir de una manera inseparable la humanidad y la divinidad, como en efecto lo están. La Esposa nos dá ejemplo de ello; habiéndole dicho sus compañeras: *¿Qué tiene, pues, vuestro muy amado sobre todo lo que se ama, ¡oh la más bella de todas las mujeres!* (2) para que lo ameis con tanta fuerza y lo prefirais á todos? Ella responde: *Mi esposo es blanco y encarnado. Blanco*, dice San Ambrosio, por su divinidad, *rojo* á causa de su humanidad, de la carne que ha tomado y de la sangre que ha derramado por mí. (3)

1 Bern. serm 20 in cant.
2 Qualis est dilectus tuus ex dilecto, ô pulcherrima mulierum! Cant. V. 9.
3 Rubicundus Cristus Dominus ex incarnatione, candidus autem ex divinitate. S. Ambr. de obitu Theod. imp. Theod, Aponius et alii, in eum locum.

Ved cuál es él; mas en esta unión y en esta agradable mezcla de colores, en esta unión de la divinidad y de la humanidad, yo lo considero, lo miro, lo amo y lo encuentro, *escogido entre mil*, más amable que diez mil, y preferible á todo cuanto se puede amar (1).

II. En segundo lugar, el conocimiento de Nuestro Señor debe ser afectuoso y activo, excitando eficazmente la voluntad á las obras buenas y al amor, y no solamente seco, especulativo y desvaneciendose en pensamientos vanos. Es necesario que no sea estéril, como los rayos del sol que caen en las puntas de las rocas, y sobre las cuales no hacen brotar ni siquiera una brizna de yerba, sino fecundo como los rayos que alumbran los valles, calientan la tierra y le hacen dar frutos en abundancia. El conocimiento que aquí en la tierra tenemos de Nuestro Señor, debe parecerse al que los santos tienen en el cielo, conocimiento que no se reduce solamente á iluminar su entendimiento, sino que, además, excita poderosamente su voluntad á amarlo, á honrarlo, á adorarlo y á servirlo con todo su corazón. "El santo conocimiento de estos espíritus elevados sobre el mundo, dice San Dionisio, es infatigable, y arde en un amor que no conoce ni olvido ni reposo." (2) Así debe ser el nuestro, guardada proporción: firme, unida constantemente á este único objeto, ardiente en amor y victorioso del olvido y del pecado. Y para elevarnos á un conocimiento aun más sublime, sabe-

1 Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus. Cant., V. 10.
2 S. Dionys. cap, 4, Eccl. hier.

mos que el Hijo de Dios, dice Santo Tomás, es un Verbo, es decir, no un conocimiento vano sino un conocimiento y un Verbo produciendo el amor (1), es decir, el Espíritu Santo, amor esencial y personal del Padre para el Hijo, y del Hijo para el Padre, que los une por un lazo indisoluble; esto es lo que la fe nos enseña. El conocimiento que tenemos del Hijo de Dios, no debe, pues, evaporarse en un humo de vanos pensamientos y de altas especulaciones que nada producen; sino que debe engendrar en nostros su amor, ligarnos estrechamente y unirnos inseparablemente á él. Por esto es que este amable Salvador, invitando á los hombres, en el Cántico de los cánticos, á la consideración de sus misterios, como á un festín magnífico, les dice: Preparo ante vosotros una mesa cubierta de las viandas más exquisitas, no quiero que nada más las veais, no han sido hechas para eso las viandas, sino que las tomeis, que os nutrais de ellas; *comed* por tanto, *amigos míos, mis muy amados*; *bebed, y bebed en tal abundancia, que os embriagueis* de amor, de esta sábia y sóbria embriaguez que purifica el cuerpo, ilumina el espíritu, amortigua las pasiones, calienta el corazón con mi amor, y hace olvidar todo lo demás, para no pensar sino sólo en mí. (2) La esposa también, despues de ese festín, de este conocimiento de Nuestro Señor, no puede contener más los trasportes de su corazón: grita por todas partes que ella arde, que langui-

1 Verbum non qualecumque, sep spirans amorem. S. Thom., II, p. q. 43, art. 5 ad 2.

2 Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, carissimi. Cant., V, 1. Y según la traducción de algunos otros: inebriamini amoribus. Catena trium Patrum. Ricardo de Sn. Víctor.

dece de su amor, que ella es toda de él, que no tiene cuerpo, alma, pensamientos ni afectos sino para él. San Pablo dice, hablando de sí mismo y de las personas verdaderamente espirituales, que se aplican al conocimiento de Nuestro Señor: *En cuanto á nosotros, contemplamos la gloria de Nuestro Señor*, los misterios de su divinidad y de su humanidad, no con miedo ni aprensión, á causa de la bajeza aparente de algunos de ellos; sino *á cara descubierta*, con firmeza y seguridad, mirándolos todos como muy gloriosos, y tanto más gloriosos para nosotros y útiles para nuestra salvación, cuanto ellos parecen más cubiertos de oprobios. Y entonces, recibiendo por la fuerza de esta contemplación, como en espejos fieles, los rayos de esta gloria y de estos misterios, *nos trasformamos en la imágen de aquel que vemos*, y que los ha obrado; *pasamos de una claridad á otra*, es decir, de un misterio a otro misterio, *impulsados* por el movimiento del Espíritu Santo, y llegando á ser cada día más iluminados y más inflamados de amor. (1) Ved aquí el modelo que debemos seguir en el conocimiento que queremos tener de Nuestro Señor; es menester que este conocimiento nos lleve á amarle, á honrarle, á hacernos semejante á él; la razón de esto es evidente: ¿de qué nos serviría en efecto, conocerle, si no le amáramos? *Aún cuando yo tuviera el don de profecía*, dice el Apóstol, aunque tuviera un conocimiento perfecto de todos los misterios y de todas las cien-

1 Nos vero omnes, revelatâ facie, gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur á claritate in claritatem, tanquam á Domini spiritu. II. ad. Cor., III, 18. Vide Gagneus et Estius, ibid.

cias, si no tengo la caridad, nada soy. (1) No son las ciencias ni los pensamientos sublimes quienes deben salvarnos, sino la conciencia y la virtud.

III. En tercer lugar, este conocimiento debe ser atento, serio, penetrante y profundo, y no ligero ni superficial, porque como la apariencia exterior de los misterios de Nuestro Señor, está frecuentemente llena de amargura, si se detuviera uno solamente en la corteza, quedaria disgustado, y para nada gozaría de la dulzura y del fruto que están ocultos en lo interior. El Espíritu Santo, en el libro de los Cánticos (2) los compara á las nueces: se necesita abrir la nuez para sacar de ella el fruto, de otra manera viene á ser inútil. "Todo cuanto de bello había en el tabernáculo de la ley antigua, estaba cubierto con pieles, dice San Gerónimo; así, no hubiera uno hecho algún caso de él, si solo se hubieran considerado las apariencias; pero, levantando esta vil cobertura y penetrando en el interior, lo encontraba uno admirable; se veía la arca de la alianza hecha de una madera incorruptible, toda brillante de oro, guardando todo lo que Israel tenía de más precioso y sagrado: las tablas de la ley, la vara de Moisés y un vaso lleno de maná. Esta era figura de Jesu-Cristo: en lo exterior no se ve en él otra cosa que humillación, trabajos, dolores; mas si se quiere entrar más adelante y penetrar hasta en el interior, allí encontrará uno la gloria, el reposo y la vida, y cuanto hay de más grande y divino en el mun-

1 Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam, caritatem autem non habuero, nihil sum. 1. Cor. XIII. 1.

2 Descendi in hortum nucum. Cant., VI, 10.

do." (1) Es preciso que el conocimiento que quereis tener de él llegue hasta eso, que quereis que os sea provechoso; tanto más que, siendo el fin de este conocimiento el conduciros á imitarle y formar en vosotros los rasgos de este modelo divino, es necesario considerarlo de cerca y atentamente. Cuando un pintor quiere copiar un original excelente, no se contenta con mirarle ligeramente y con precipitación, sino que fija sobre él un ojo atento, le considera con mucho cuidado, aplica en él toda la vivacidad de su espíritu, y toda la fuerza de su vista, á fin de no perder alguno de los rasgos, aún los más ligeros, que se propone imitar. Así es como debemos considerar á Nuestro Señor y sus misterios divinos; es necesario, con una atención profunda y firme, examinar con cuidado todos los rasgos de este modelo, que debemos reproducir en nosotros lo más perfectamente que nos sea posible. San Dionisio dice excelentemente á propósito de esto: "El uso de la virtud divina se forma en una alma en un alto grado de semejanza, cuando esta alma mira y contempla atentamente esta belleza inteligible; del mismo modo que, cuando un pintor detiene fijamenre su vista sobre su original, sin distraerla en manera alguna, sin dividir su atención, ciertamente lo representará al natural, y para servirme de los términos del santo, duplicará el objeto que saca, y lo hará de tal manera semejante, que no habrá más diferencia ahí que en la substancia; así, la contemplación atenta é invariable de la belleza divina, producirá, en el alma de las personas espiri-

1 Hieron., in Prol. galea.

tuales, una imágen exquisita y natural de Dios, que ofrecerá entonces una semejanza grande." (1) Podemos concluir de estas palabras, que se necesita, para formar en nosotros una imágen de Nuestro Señor, que su conocimiento y la consideración de sus misterios no sean ligeros, sino atentos y profundos.

Advertiremos con motivo de esto, como una cosa de importancia muy grande en la vida espiritual, que una de las causas principales, por las cuales un gran número de personas no avanzan en la virtud, y no recojen de sus meditaciones, oraciones y otros ejercicios espirituales, los frutos que estos medios poderosos pudieran producir, es que piensan muy ligeramente en los misterios de la fe, y no hacen, por decirlo así, sino tratar de una manera superficial; de suerte que no pudiendo el espíritu concebirlos, penetrarlos y gustarlos, y no recibiendo el alma impresión alguna de ellos, la persona se queda siempre en el mismo estado. Los ojos del cuerpo no ven sino la superficie de los objetos, y las más veces, por lo ordinario, nos contentamos con que los ojos de nuestra alma hagan lo mismo, y no vayan mas adelante en las cosas de Dios y de la salvación. Es necesario no obrar así, sino considerarlos con cuidado y con atencion; y mientras una cosa de esta importancia sea más vista, revista y profundizada, entrará más profundamente en el espíritu y obrará grandes efectos en la voluntad. Una verdad fuerte, sentida vivamente, tal como la presencia de Dios que nos sigue por todas partes, la felicidad ó la desgracia

1 S. Dionis., cap. IV, de Eccl. Hier.

que nos espera en la eternidad, el fin para el cual estamos en el mundo, la obligación estrecha que tenemos de amar á Nuestro Señor, y otras semejantes uno de estos grandes principios, bien fijo en el espíritu y en el corazón, obrará más eficazmente y producirá efectos más felices en un hombre, que un gran número de ligeros conocimientos de tantos asuntos diferentes.

IV. En cuarto lugar, es menester que este conocimiento sea moderado; no se necesita un conocimiento perfecto de Nuestro Señor para amarlo mucho. Verdad es que, como dice San Agustín, de ningún modo sabría uno amar una cosa que no conoce uno en nada." (1) Pero también, para amar mucho, no se necesita conocer mucho; un poco de conocimiento puede dar un amor ardiente, así como una pequeña chispa pueda causar un gran fuego. Esto es lo que enseña el Doctor angélico, (2) cuando dice que se necesita mucho más para un conocimiento perfecto, que para un amor perfecto; porque, para conocer perfectamente una cosa, es preciso conocer clara y distintamente todo cuanto hay en ella, su esencia, sus virtudes, sus propiedades, sus operaciones; mientras que el amor se encierra en límites mas estrechos; se inclina simplemente al objeto y sólamente como es en sí mismo y le basta, para amarlo, encontrar en él algo amable. Se ve, pues, claramente por esto que se necesita mucha ménos aplicación para amar que para conocer. Lo vemos todos los días en aquellos que aman: una madre ama apasionadamente

1 Rem prorsus ignotam amare omninò nullus potest. Aug, lib. X de Trin. cap. I y II.
2 S. Thom, 1. 2, quœst, 27, a. 2, ad 2.

á su hijo único, á quien no conoce sino muy imperfectamente, porque ella no conoce su alma, su memoria, su entendimiento, su voluntad, la justa distribución de las partes interiores de su cuerpo y otras mil cosas que hay en él. Por tanto, es verdad que una cosa puede ser perfectamente amada, sin ser perfectamente conocida; y por consiguiente, para amar mucho á Nuestro Señor, no es necesario conocerlo perfectamente, ni buscar muchos motivos que nos lleven á amarle; basta tener uno ó dos de ellos bien concebidos y desarrollados claramente en el espíritu. Y en efecto, si se les preguntara á los que se aman más en esta vida cuáles son las causas de este amor extremo que se tienen, darían muy pocas, y muy frecuentemente imaginarias y mal fundadas, un no se qué, la simpatía, alguna pretendida perfección, cualquier beneficio ú otras cosas semejantes. Del mismo modo, para amar perfectamente á Nuestro Señor, no se necesitan tantos conocimientos, discursos, razonamientos; uno de sus misterios meditado seriamente, una de sus perfecciones considerada atentamente y conocida claramente, tanto cuanto es posible, el menor de sus beneficios pesado en una balanza justa, bastaría para abrasar nuestros corazones. Bastan pocos conocimientos á un buen corazón, decía Séneca. (1)

Por esto es necesario procurar dedicaros á un punto particular cualquiera, y escoger, en los motivos diferentes de amor, que vamos á desarrollar, uno ó dos de aquellos que comprenda más facilmente vuestro espíritu y que inflamen mas vuestro corazón. Damos muchos de ellos, á fin de que cada uno entre ellos encuentre el suyo, según su gusto y atractivo. Será menester deteneros y fijaros en el que hubiereis escogido, sin recurrir á otros; considerarlo atentamente, estudiarlo, rumiarlo, con tanto cuidado y tan largo tiempo, que tengais un conocimiento suficiente de él para moveros: entonces dejareis todas las consideraciones y las indagaciones nuevas, y no os ocupareis sino en entregaros á los ejercicios del amor.

1 Paucis opus est ad bonam mentem litteris, Senec, ep. 109.

Hay algunos que tienen un ansia insaciable de saber siempre, de aprender siempre nuevas cosas de Nuestro Señor, de descubrir motivos nuevos de amor, sin llegar jamás al ejercicio de este santo amor: esto es ciertamente un gran abuso. ¿Qué se dirá de un hombre que no hiciera continuamente sino amontonar leña, sin encender fuego jamás? Para hacer fuego, basta una cantidad competente de leña bien dispuesta, y hacerla arder; no espera sino esto. Del mismo modo, para encender en nuestros corazones el fuego del amor de Nuestro Señor, verdad es que primero se necesita reunir leña, es decir, algunos conocimientos de él; mas en seguida es necesario encenderlos y hacerlos arrojar flamas.

II.

CONCLUSIÓN.

I. El hombre desea naturalmente conocer Ejemplos —II. Debemos desear con mucho mas ardor conocer a Nuestro Señor.

El Espíritu Santo dice por boca de Salomón: *Los ojos del sabio están en su cabeza, y el insensato anda en las tinieblas* (1). Explicando San Gregorio de Nysa este pasaje (2), se admira de esta manera de hablar, y pregunta ¿qué quiere decir, tanto más que no hay algún sér viviente que tenga los ojos fuera de la cabeza? después responde él que el hombre sabio pone sus ojos, es decir, sus pensamientos, en Nuestro Señor Jesu-Cristo, que es su cabeza, según la palabra de San Pablo (3), y que el necio lleva los ojos en sus piés, es decir, á las cosas viles y perecederas de esta vida, y que así, camina en las tinieblas.

I. Siendo el conocimiento de Jesu-Cristo tan noble, tan dulce, tan útil y tan elevado sobre todos los demás, como lo hemos demostrado, es preciso ahora trabajar con todas nuestras fuerzas en conocerlo y en conocerlo de la manera que lo hemos indicado. Aristóteles comienza su libro sobre la metafísica por esta sentencia: Todos los hombres desean naturalmente saber; (1) traen desde el seno de su madre una inclinación muy fuerte á saber siempre algo nuevo. Según esta necesidad del hombre, muchos grandes personajes de la antigüedad, tales como Pitágoras, Platon, Aristóteles y otros, de quienes habla San Gerónimo (2), han dejado su país, sus casas, sus parientes, sus amigos, y han hecho viajes largos y penosos al Egipto, las Indias y hasta las extremidades de la tierra habitable, para ver lo que se hacía ahí, ser instruidos de lo que ignoraban, y descubrir algunos secretos escondidos. En la mayor parte de los pueblos, aquellos que pasaban por los mejores espíritus dejaban todo otro cuidado para aplicarse al conocimiento de las cosas naturales. Tales eran los filósofos entre los griegos, los druidas entre los galos, los magos en la Persia, los gimnosofistas en Etiopía, y los bracmanes en las Indias. Los gimnosofistas se quedaban inmóviles días enteros considerando el sol. Un cierto Aristómaco consagró, según lo refiere Plinio, (3) cincuenta y ocho años en estudiar la república de las abejas: otro llamado Philico pasó toda su vida en las selvas entre las colmenas, para conocer las costumbres secretas de estos insectos. Pero ¿quién llevó más lejos que Demóstenes (4) el deseo de ser elocuente? El

1 Sapientis oculis in capite ejus: stultus in tenebris ambulata. Eccl., II, 14.
2 Greg. Nyss. hom. 5 in Eccl.
3 Omnis viri caput, Christus est. I. Cor. 3, XI.

1 Omnes homines naturâ scire desiderant. Arist. init. Metaph.
2 Hier.. ad Paulinum.
3 Pin, liv. XI. c. 6.
4 Val, Max, livr. VIII, ch. 7,

ardor de que estaba inflamado, y las penas que se tomó para hacerse hábil en este arte, parecen increibles. Grandes defectos naturales lo ponían casi en la imposibilidad de conseguirlo, se hizo violencias extraordinarias para corregirse de ellos y para formarse á decir bien, á despecho de la naturaleza. No podía ni aun pronunciar la primera letra del arte por el cual estaba apasionado, la letra R, porque tartamudeaba; para remediarlo, llenaba su boca de piedritas, y así pronunciaba los discursos que sabía de memoria; por este medio se corrigio de tal manera de éste defecto, que no había en Grecia un solo hombre, que pronunciara tan clara y distintamente como él. Tenía la voz aguda y los riñones débiles; para reforzarlos, trepaba las rocás declamando hasta perder la respiracion las arengas que se había aprendido. Otras veces iba á la orilla de la mar, al lugar donde las olas se rompían con más violencia y ruido, y ahí recitaba, lo más en voz alta que le era posible, para fortalecer el pecho y la voz, y acostumbrarse al ruido de un pueblo agitado. No tenía gracia para hablar, un gesto pesado que causaba risa; él no se desconcertó nada, y tomó con un valor invencible la resolución de corregirse á costa de cualquier precio. Hizo cavar bajo la tierra un lugar á donde bajaba todos los días y allá, en pie, delante de un espejo, se ejercitaba en formar su gesto y en pulir su pronunciación con una aplicación tan ardiente, y una constancia tal, que muy frecuentemente permanecía allí dos ó tres meses, haciéndose rasurar la mitad de la cabeza, á fin de que la vergüenza le impidiera salir, por más deseos que de ello tuviera, y que así se viera obligado á permanecer allí. ¡Qué resolución y qué valor para llegar á ser elocuente! Oleantes, (1) famoso filósofo, tenía un deseo tan grande de aprender que, no pudiendo suministrar á los gastos de sus estudios, á causa de su pobreza, para subvenir á ellos, en lugar de tomar reposo, pasaba las noches en sacar agua, ¡tan grande y violento era el deseo de que tenía de saber Y estos ejemplos se encuentran, no solamente entre los antiguos, los modernos nos los suministran tan prodigiosos. Tico-Brahé, (2) joven Señor de Dinamarca, de una nobleza y de una fortuna distinguidas, dotado de un espíritu excelente, fué cautivado del amor de la astronomía de tal modo, que, para entregarse enteramente á él, abandonó todas sus pretensiones y todas las grandezas á las cuales le daban derecho su espíritu, su nobleza, sus riquezas y sus parientes, hizo construir, con gastos inmensos, un gran castillo, ó más bien una ciudad, á la cual dió el nombre de Urano-burgo, ó ciudad del cielo. La llenó de todos los artesanos que le eran necesarios para la fabricación de las cosas necesarias á su estudio y se confinó hasta la muerte en lo alto de su habitación, en una cúpula de cristal que llamaba Esteba-burgo, ó ciudad de las estrellas. Allí, durante cuarenta ó cincuenta años que vivió, se aplicó constantemente á considerarlas, privado de las dulzuras de la vida, no dando en el día sino algunas horas al sueño, y aun á fuerza, y pasando todas las noches, aun en los inviernos mas rigurosos, en esta region del norte, para aplicarse úni-

1 Valer. Max. ibi.
2 In ejus vita.

camente al conocimiento de los astros, que le había llegado á ser tan querido.

II. Si este caballero tuvo tanta pasión para conocer el movimiento de algunos cuerpos inanimados, insensibles y que de ningún modo pudieron corresponderle; si Demóstenes ha trabajado tanto para arreglar unas cuantas palabras, y engañar al pueblo por medio de arengas artificiosas; si los filósofos han gastado las fuerzas de sus cuerpos y de su espíritu por considerar las cosas naturales; si todos los hombres, en fin, tienen una grande necesidad de conocer, á tal grado que, tienen siempre los ojos y las orejas abiertas para saber alguna cosa nueva, la cual muchas veces les sería más ventajoso ignorar, ¡cuánto más razonable es pasar los días y las noches ocupándose únicamente del conocimiento más noble, más dulce, más necesario, más útil á nuestro espíritu, y el único que puede contentarlo, quiero decir, el conocimiento de Nuestro Señor Jesu-Cristo! Santo Tomás dice excelentemente que hay muchas fuentes, en donde los hombres han tratado de apagar la sed y el deseo natural que tienen de saber. Los cuatro elementos y el cielo son cinco de esas fuentes; los cuerpos mixtos, las plantas, los animales, los hombres, los ángeles, forman otras cinco de ellas: en estas fuentes es en donde han bebido diversamente y con una grande ansia los filósofos, los matemáticos, los geómetras, y los médicos; sin embargo, no han calmado su sed, porque no es posible, dice el Santo Doctor, que el conocimiento de criatura alguna pueda contentar al espíritu humano. (1) Uno de

1 S. Thom. Opusc ad., 6 gradum charitatis.

ellos decía: *He corrido con una sed ardiente* (1) y un ardor extremo á estas fuentes; pero porque ellas no contienen el bien soberano, ni la primera verdad, no pueden calmarnos. Elévate, por tanto, más alto, hombre criado á la imagen de Dios, y dí: Mi alma ha tenido sed del Dios fuerte, fuente de agua viva, manantial inagotable de toda verdad. (2) A esta fuente es á la que es preciso ir á beber y apagar la sed que tenemos de saber, porque en ella encontraremos todo cuanto nuestros espíritus y nuestros deseos más ardientes, pueden desear, y mil veces más.

Debemos imitar en esto á San Pablo, que decía á los de Filipo, hablando de sí: Desprecio yo y tengo en nada todos los conocimientos de los que hasta el presente he hecho el mayor caso, cuando los comparo al conocimiento de Jesu-Cristo mi Señor; la ciencia de la cual es él el objeto la encuentro tan bella, tan admirable, tan dulce, tan provechosa, que no tengo cuenta alguna de todas las demás, que en otro tiempo me habían agradado tanto; *las veo como bagatelas*, viandas sin sustancia, incapaces de nutrir y de contentar mi espíritu; detenerse en ellas es perder el tiempo, y llegan á ser un gran obstáculo al espíritu de Dios, si no se tiene cuidado en ello. (3) El dá la razón fundamental de ésto hablando á los Colossenses. Deseo, dice él, que sepais que trabajo por vosotros

1 Cucurri in siti. Psal. VI. 15.
2 Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum. Ps. XLI, 2.
3 Quœ mihi fuerunt lucra, hoc arbitratus sum propter Christum detrimenta: verumtamen existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-Christi Domini mei. Philip, III, 7, et 8.

y que todos mis cuidados tienden á que *esteis unidos* y estrechados *juntamente en la caridad llenos de los tesoros de la gracia, y de un perfecto conocimiento del misterio de Dios Padre y de Jesu-Cristo; en quien están escondidos todos los tesoros de sabiduría y ciencia.* (1) Por la sabiduría, dice el doctor angélico, se entiende el conocimiento de Dios y de las cosas divinas: por la ciencia, el de las criaturas. (2) Examinando los Santos Crisóstomo y Theofilacto las demás palabras de San Pablo, dicen que la palabra *tesoros* puesta en plural, muestra la abundancia y la plenitud de la sabiduría y de la ciencia que posee Nuestro Señor; cuando añade *todos*, declara que él sabe todo y nada ignora; y por la palabra *escondidos en él*, anuncia que sólo él es quien sabe todo, que tiene el conocimiento de todas las cosas divinas y humanas, increadas y creadas, y que todos los conocimientos verdaderos que tienen los ángeles y los hombres no son sino como pequeños arroyuelos de agua de este manantial. (3)

Puesto que Nuestro Señor Jesucristo sabe todo y que nada ignora, es necesario no buscar fuera de él la sabiduría y la ciencia, dice Santo Tomás, (4) y dá la razón de ello por esta comparacion: "Un hombre que tuviera un libro que contuviera todo, no tendría que abrir otro libro para apren-

1 Instructi in charitate et in omnes divitias plenitúdinis intellectûs in agnitionem mysterii Dei Patris et Christi-Jesu: in quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi. Coloss., II, 2 et 3.

2 D. Thoma, ibid.

3 S. S. Chrys, et Theoph., in illum locum.

4 Non oportet sapientiam quœrere nisi in Christo. S. Thom., ibid.

der algo; del mismo modo, no debemos pensar sino en buscar á Jesucristo, y en leer noche y dia en este gran libro, que nos enseñará todo." Habiendo dicho San Agustín que se podía llegar á la sabiduría por muchos caminos, se desdijo de ésto en el libro de sus retractaciones, y corrije esta opinión diciendo: que no hay más que un solo camino para llegar á ella; á saber Nuestro Señor quien por esto se llama el camino: (1) él se nombra el camino y á la vez la verdad, para significar que por él es por quien se ha de ir á la verdad y á todas las riquezas de la sabiduría y de la ciencia, que todo se encontrará en él. Mas, *os digo*, añade el Apóstol, en el lugar ya citado, que Nuestro Señor es el abismo de toda la ciencia, *á fin de que no os dejeis engañar por palabras bellas y magníficas de oradores, ni por las sutilezas y las curiosidades engañosas de los filósofos* (2) "Que Demóstenes y Cicerón no os deslumbren por el brillo de su elocuencia," dice Santo Tomás; (3) que Aristóteles y Platón no os encanten por los atractivos de su doctrina; si leeis esos libros, si os aplicais á esas ciencias, haced, en primer lugar, más caso incomparablemente de la ciencia de Jesucristo que de todas esas; aplicaos en seguida á esas ciencias con motivos buenos, para gloria de Dios vuestra salvación y la del prójimo. Escribiendo San Pau-

1 Quia dixi ad sapientiæ conjuctionem non una viâ per veniri non bene sonat, quasi alia via sit, prœter Christum, qui dixit: Ego sum via. S. Aug., I, Solil, cap. III; Retrac, lib I. cap. IV.

2 Hoc autem dico, ut nemo vos decipiat in sublimitate sermonum.... Videte ne quis vos decípiat per philosóphiam, et inanem fallaciam. Coloss., II, 4 et 8.

3 Nec Demosthenes, nec Tullius vos decipiant in sublimitate sermonis. D. Thom.

lino á un hombre sabio llamado Aper, y regocijándose con él de que de abogado y juez se había dado enteramente á Dios, consagrándose á él por el estado religioso, le dijo entre otras cosas: "Que los oradores guarden sus discursos bellos, los filósofos sus ciencias, los ricos sus riquezas, y los reyes sus reinos! en cuanto á nosotros, Jesucristo es nuestra gloria, nuestra riqueza y nuestro reino. En él es en quien hemos sido sepultados y por quien ahora estamos escondidos á los ojos del mundo, para aparecer un día, para su vergüenza y confusion, con honor y en triunfo, en compañía de ese Señor, en la reunión de todas las criaturas. (1) Dejadlos, mi muy querido hermano, dejadlos; que gocen de sus humores durante el poco tiempo que tienen de vida; que recojan los frutos de sus tristes placeres, porque muy pronto se secarán como la yerba del campo, y los días de estos desgraciados, cuyas esperanzas se limitan á esta vida y no más allá, se desvanecerán como la sombra. Jesucristo nos enseña por sus palabras y sus ejemplos á conocer la verdad, ya inclinándonos á despreciar las cosas temporales, ya excitando en nosotros el deseo de los bienes eternos. Ellos se han alejado de Jesucristo, que es la verdad soberana: es preciso necesariamente que caigan en una ceguedad tan desgraciada; que vean como sólido lo que es frágil y perecedero, y como bagatelas, cuanto hay más grande y duradero. Se burlan de la ver-

1 Sibi habeant litteras suas oratores, sibi sapientiam suam philosophi, sibi divitias suas divites, sibi regna sua reges: nobis gloria et possessio et regnum Christus est cui consepulti sumus, in quo nunc abscóndimur hujus mundi oculis, est confusioni ejusdem, cum ipso revelemur. S. Paulini ep. 27, ad Aprum.

dad como si ella fuera una locura, y acojen la locura como si fuera la verdad." (1) Para no engañarnos tan groseramente acerca del mérito verdadero y la elección de las cosas, unámonos firmemente á la verdad, que es Jesu-Cristo, dejemos á los otrôs sus ciencias inútiles, apliquémonos á conocerlo, pues que en él están contenidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

III.

Respuesta á las escusas.

I. Tenemos bastante espíritu.—II. Tenemos bastante tiempo.—III. Estímulo para este estudio.

I. Es inútil el alegar, para excusarse de aplicarse al conocimiento de Jesu-Cristo, que no se tiene bastante espíritu, decís, y teneis tanto para una multitud de otras cosas que no son comparables á esta: no careceis de él, cuando se trata de

1 Sine illos interim, frater dilectissime, sine fruantur gloriâ et vitâ suâ, potiantur fructibus suis, quonim sicut olera herbarum citò decident, et dies eorum, sicut umbra, prœtereunt, quorum spes intra hujus ævi spatia concluditur. Per Christum discimus agnoscere veritatem, vel in contemtu temporalium, vel in appetitu œternorum bonorum, á quo alieni, quia et veritas Christus est, in hâc necesse est errorum infelicium cœcitate permaneant, ut in fragili soliditatem et in sólido inanitatem putent, vera pro vanis rideant, et pro veris vana mirentur. S, Paulinus, eâd, ep. 27. ad Aprum.